

## CAPÍTULO V

### DOS CÓMPLICES

EN aquel momento entró el *maitre d'hotel* y anunció en alemán que iban a empezar las danzas. «La nueva Loie Fuller nacional»; pero nuestros dos compadres se rieron un poco de lo que pasaba en escena. La señora de Meyrens pidió licores y, en cuanto se los trajeron, corrió el cerrojo. Luego sacó del seno una especie de bolsa en forma de cartera, en que guardaba, al parecer, inapreciables documentos, y fué a sentarse al lado de Lauriac...

—¿Ve usted estas dos cartas?—dijo sacándolas de la bolsita—. Son concisas... pero en cuanto usted las lea, no dudará ya más.

—¿De quién son?

—De Odette...

—¿Puedo preguntar cómo se ha hecho usted con ellas?

—Indudablemente; me he hecho con ellas del modo

más sencillo. Las he robado. Sí..., en la propia casa de Rouletabille... un día en que acababan de saquearle... entonces me dije que si advertía la desaparición, seguramente la achacaría al saqueo; pero no pensó en estas cartas que tenía revueltas, con otras de carácter íntimo, en un cajón reservado que yo conocía y los saqueadores no descubrieron... Cree aún seguramente que están allí...

Y le endilgó las cartas...

Al cogerlas temblaba la mano de Hubert. Eran dos hojitas muy finas de papel con las iniciales de Odette grabadas juntamente con un facsímil del Viei Castou-Nou.

Nunca Hubert recibió cartas como aquéllas... Y he aquí que leyó... en primer lugar la de fecha más antigua:

«Mi querido Zo: He contado una historia a papá... y mañana emprendo el viaje y pasado estaré en París. No podía aguantar más... Me era preciso ver a mi querido Zo. Nadie lo sabrá... Ante todo, no acuda a la estación a recibirme... ¡Misterio y discreción! Haga el vacío en torno suyo, *y que Juan nunca lo sepa!*... Su Odette, que sólo en usted tiene confianza... ¡Ah!, a ese Juan le odio...»

—¡Ah, ah!—exclamó Hubert enjugándose el sudor de la frente—... Esto ya me parece definitivo y concuerda en todo con la confidencia que me hizo últimamente un moribundo...

—¿Un moribundo?—preguntó la señora de Meyrens...

—Sí, el propio criado de Rouletabille...

—¡Olajai! ¡Desconfie usted de Olajai! Por Rouletabille es capaz de dejarse quemar...

—*Ya le quemaron*, señora—repuso Hubert con maligna sonrisa—. Sí, el desgraciado mozo tuvo sus contratiempos... Se fué de Francia con la cuadrilla de gitanos que se llevaba a Odette, y éstos, persuadidos de que era cómplice de su amo, precisamente del que los perseguía, le quemaron un poco la planta de los pies. En ese estado le hallé yo. Como había también recibido unas cuantas puñaladas, tuve la fortuna de llegar a él antes que expirara. Y hubiera sentido su muerte, pues me dijo cosas muy interesantes: entre otras, que la señorita de Lavardens había ido recientemente a París, a casa de su amo. Por lo demás, este viaje concuerda con la fuga de Odette días antes del drama y la despedida de la vieja aya que la había acompañado y nada sabía rehusar a su dueña...

—Ya ve usted que todo se encadena—expuso la señora de Meyrens ofreciendo un cigarrillo a Lauriac, que en su emoción había dejado apagar el suyo.

—¡Sí; todo se encadena! Pero, igualmente, estaba muy lejos de creer que tuviera tal significación la visita de Odette a Rouletabille... Pensé que Santierne nunca ignoró esta visita, y que tan singular viaje se fraguó de acuerdo con él y quizás por él.

—Cómo se cae en el engaño...

30428

—Vista esta carta, tiene usted razón; ya no puedo dudar.

—Lea la otra.

La segunda carta, igualmente concisa, tenía, por lo menos, tanto valor como la primera:

«Mi querido Zo: Llegué bien. Papá puso en duda algunas cosas... Acabó por obligar a «mamá» a que hablase. Hubo una escena terrible y la ha despedido... He llorado mucho, pero *nada me pesa*. Sólo mi querido Zo puede consolarme. Y espero que pronto... *Las horas felices volverán...*»

—Basta, basta—susurró Hubert, desabrochándose el cuello postizo.

Estaba congestionado. De un trago apuró un gran vaso de agua. Ahora detestaba a Rouletabille más que a Juan.

—Pues bien—dijo devolviendo las cartas a la señora de Meyrens, que se las reclamó y que con todo cuidado guardó en el seno—. Pues bien; una cosa le digo, y es que ni el uno ni el otro la poseerán... y voy a demostrárselo...

—¡Ah! La confianza renace entre nosotros.

—Nos enzarzamos en la partida. Nos guía el mismo interés. Una mujer como usted y un hombre como yo deben fatalmente triunfar... Y tanto más cuanto que la partida está ya medio ganada—declaró Hubert, sacando de un bolsillo interior del traje un pergamino cuidadosamente doblado.

—Quizás no ignore usted, señora, que el interés de los gitanos por la señorita de Lavardens obedece a que quieren convertirla en su reina.

—Sí; la historia empieza a divulgarse por todo el mundo; pero ¿por qué a la señorita de Lavardens?

—Porque ha nacido con las circunstancias previstas por el «Libro de los Antepasados»: de una princesa de Sever-Turn y de un noble extranjero, que no es otro sino el señor de Lavardens.

—¡Muy interesante!—dijo la señora de Meyrens, que no perdía palabra de cuanto le decía Hubert—; pero no veo qué encierra ello para usted.

—Pues bien, va usted a saberlo. En el Libro de los Antepasados falta una página, la página que sigue a la profecía, y esa página estaba en poder del anticuario, en cuya casa me vió usted entrar hace poco...

—Y en la que vi entrar antes a Rouletabille...

—Exacto... Esa página está ahora en mi poder.

—Es magnífica; lástima que la haya usted doblado—observó la señora de Meyrens, que era una artista y sabía apreciar todo lo bello.

—¡Ay!, no me es posible llevarla con un marco; sería molesto y poco discreto; pero así como va hará su papel; y además, para mayor seguridad, esta noche me la coseré en el traje.

—¿Qué dice esa página? ¿Conoce usted el romancheo?

—Sí; y voy a traducírsela,

La señora de Meyrens fué a echar el cerrojo, mientras Hubert cerraba las dos hojas de la ventana recayente al palco.

La sala estaba en aquel momento sumida en obscuridad, y la nueva discípula de la Loie Fuller, envuelta en luz, pergeñaba flores, que eran llamaradas, entre las cuales corrían los dos tallos de sus piernas desnudas, arboladas por voluptuoso torbellino.

Hubert volvió al lado de la señora de Meyrens en el preciso instante en que se iluminaba de nuevo la sala y una tempestad de aplausos conmovía hasta los cimientos del teatro. Y en medio de aquel estrépito que sacudía las vidrieras, Hubert tradujo al oído de la señora de Meyrens el texto romancho arrancado al Libro de los Antepasados.

Hubert podía permanecer tranquilo; sólo la señora de Meyrens podía oírle.

Y podía estar también satisfecho del efecto producido.

—Ahora sí que comprendo—exclamó radiante de gozo—. Sí, comprendo... Gracias, gracias, querido...

Hubert aún le dijo unas palabras al oído. La señora de Meyrens movió la cabeza en señal de asentimiento y él se guardó el documento.

Un cuarto de hora después abandonaron aquel lugar de esparcimiento, en donde tan bien les fué a uno y a otro en sus respectivos negocios. Súbitamente, la señora de Meyrens preguntó recelosa:

—Pero ¿cómo supo Rouletabille que usted había ido a Innsbruck a casa del anticuario?

—A fe mía que no lo sé.

—Pero él siempre lo sabe todo.

—Sí; parece increíble.

—Le repito a usted que no se fie. El sabe que usted lleva consigo ese documento. Sin conocer el sentido, pues pidió al anticuario que se lo tradujese, sabe que esa hoja tiene para usted enorme importancia. Hará todo lo imaginable para quitársela a usted.

—Me la incrustaré en la piel.

El coche que los había traído aguardaba a la señora de Meyrens frente al vestíbulo del *music-hall*. La señora se despidió de Hubert diciéndole en voz alta:

—*Allá abajo nos encontraremos.*

Se estrecharon la mano y el coche se alejó.

Hubert se fué a pie al hotel, pensando en lo que acababa de ocurrir y seguro de no haber perdido la velada. No advirtió que una sombra le seguía.

La sombra era Juan.

\*\*\*

Tomemos los sucesos de más arriba, o mejor, narrémoslos como se desarrollaron horas antes, valiéndonos para ello del cuaderno de Rouletabille.

Rouletabille y Juan no cesaron de espiar a Hubert. Inquietos se preguntaban qué sería aquella carta que

le enviaron al hotel, al cual sólo se decidieron a ir a última hora.

—Quizás fuese una carta del anticuario—insinuó Santierne.

—Eso es lo que hay que comprobar—respondió Rouletabille—. Mientras, voy a preguntar al botones.

Este le dijo que la carta recibida por el señor de Lauriac la trajo un recadero que no conocía.

Mientras el repórter quedó en el hotel espionando a Hubert, Juan se dirigió a casa del anticuario, le interrogó hábilmente y se percató de que no era él quien había escrito la carta. Volvió al hotel. Rouletabille le dijo:

—Hubert no ha salido del cuarto. Parece que está muy febril y desasosegado. Ha leído muchas veces la carta misteriosa.

En esto Hubert salió del cuarto y les propuso dar un paseo. Fuéronse, pues, juntos a visitar la antigua ciudad, a admirar los vetustos y abigarrados edificios de color amarillo, verde, rosa y azul con ventanas saliedizas; a extasiarse ante el célebre mausoleo de Maximiliano I en la iglesia de los Franciscanos, y luego emprendieron el regreso al hotel.

De vez en cuando, Rouletabille entraba en algunas tiendas para realizar algunas compras, pues desde el accidente del tren carecía de todo, por haber descuidado Andrés y Calixta de arrojar al repórter su maleta por la ventanilla.

Comieron juntos muy copiosamente, olvidados en apariencia de todas sus preocupaciones.

Después de comer, Hubert escribió una larga carta que fué a echar en Correos. Rouletabille y Juan le acompañaron.

El repórter dijo a Juan:

—Daría cualquier cosa por saber qué dice esta carta. Toma demasiadas precauciones. Debe de ser la respuesta a la que recibí ha poco.

A las nueve Hubert expuso que estaba molido, que tenía «sueño retrasado» y que iba a ver «si lo cogía». Se encerró en su cuarto. Un cuarto de hora después se le oyó roncar.

Juan sólo estaba separado de Hubert por un tabique. El cuarto de Rouletabille estaba sito frontero al de Juan en la otra parte del pasillo. Desde él podía el repórter espiar las dos puertas. En esto, al oír roncar a Hubert, creyó poder decir a Juan que la jornada había terminado.

No era éste el parecer de Juan.

—Puede muy bien ocurrir que simule el sueño.

—Pues bien, cuando ya no ronque, vienes a avisarme.

Y entró en su cuarto.

Juan se descalzó con estrépito, se arrojó sobre la cama, haciendo crujir el colchón de muelles, y luego calzóse muy quedamente y esperó los acontecimientos.

Instantes después cesaron los ronquidos y se entreabrió una puerta.

—Decididamente Rouletabille es el que baja—se dijo Juan, y, ufano de adivinar el trance, no se molestó en comprobar que era Hubert el que salía de su cuarto con el menor ruido posible, y era el que bajaba la escalera.

Juan salió a su vez, abrió bruscamente la puerta del cuarto de Rouletabille, que estaba en camisa, y le espetó estas palabras:

—Hubert se escabulle; voy a asegurarle.

Luego, sin esperar contestación, se lanzó tras los pasos de Lauriac, el cual aún no había tenido tiempo de salir del hotel. Así le siguió sin ser advertido hasta el Parque de las Rosas. Y así vio llegar, un cuarto de hora después, el coche en el cual subió Hubert.

Juan columbró una silueta de mujer, y se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo en husmear una cita amorosa que para nada le interesaba. Pero reflexivamente pensó que el talante de Hubert en aquellas circunstancias no era a propósito para «correrla», como vulgarmente se dice, y apresuró el paso tras el coche, que lentamente se alejaba.

Otro coche vacío tras él venía; lo paró y recomendó al cochero (al cual prometió copiosa propina) que no quitase ojo del simón que les precedía... Así llegó cerca del *music-hall* y logró ver cómo entraron en él Hubert y la misteriosa desconocida.

Esta había bajado su velo, pero Juan, desde que reparó en la silueta, ya no se engañó.

—*El Pulpo*—se dijo—, es *El Pulpo*.

Se confundió entre la muchedumbre tras ellos.

Les vio subir a los cuartos reservados, y decidió esperarles «para cerciorarse».

Los vio otra vez a la salida. Sí; ¡era ella!

Presenció sus despedidas y se dispuso a seguir a Hubert, cuando el coche se alejó a uña de caballo.

—Los miserables...—se dijo Juan—, ¿qué es lo que maquinan juntos? ¡*El Pupo* aquí y con Hubert! He aquí por qué Lauriac quiso venir a Innsbruck. Estaba citado con *El Pulpo*. ¡Y Rouletabille que no sospecha nada!

Hubert andaba lentamente, fumándose un gran cigarro.

—Quizás no vaya al hotel—se dijo Juan—, y el sitio adonde se dirija puede quizás darnos mucha y preciosa luz en ello.

Pero después de dar algunas vueltas por oscuras callejas, como si se hubiera extraviado, Hubert entró en el hotel. Cuando se encerró en su cuarto, Juan de un brinco se plantó en el de Rouletabille.

Le halló mirándose embelesado con el pijama que acababa de comprar y haciendo ante la luna del armario gimnasia respiratoria.

—¡Ah!, ¡tú aquí!—le dijo el repórter al ver a Juan—. ¡Dios mío!, traes el semblante descompuesto... ¿Qué ocurre?

—¿No sabes quién está aquí?

—No, a fe mía.

—*El Pulpo*.

—¡Hem!

—*El Pulpo*. Te digo que *El Pulpo* está aquí...

—Pero... no es posible... o es pura casualidad. A la postre, no tenemos por qué emocionarnos... ¿qué quieres que nos haga?

—Pregúntaselo a Hubert, con el cual ha tenido una cita esta noche en el Parque de las Rosas, y con el cual ha permanecido cerca de dos horas.

—Esto es más grave—dijo Rouletabille, que había interrumpido el ejercicio gimnástico—; sí, esto es más grave... pues no conocía esa señora a Lauriac, y claro está, no se citaron para charlar de frivolidades...

Pensativo, púsose a rellenar la pipa, como era en él costumbre hacer cuando alguna idea le obsesionaba. Henchíala, henchíala... indefinidamente... hasta que viese claro en el trance...; entonces la encendía y, como él solía decir, tenía *el humo jovial*..., pero aquella noche no encendió su pipa.

—Sí, no ando muy bien con *El Pulpo*—acabó diciendo—. Ya sabes que no fué de amigos la despedida...

—Te digo que esa mujer te perderá, como ha perdido a muchos. Ya te lo he avisado bastante...

—Entretanto no perdamos el tiempo en frívolas charlas—interrumpió Rouletabille—. Cosa mejor hemos de hacer esta noche...

—¿Qué?

—Dormir...

—¡He ahí todos tus descubrimientos! Cuando pienso en que estabas probándote el pijama mientras Hubert y esta mujer están urdiendo contra nosotros algún terrible contratiempo...

—Querido, no me hagas más tonto de lo que soy. Esto acaba ya siendo molesto... He de decirte que, cuando me anunciaste que Hubert había salido del cuarto, quedé encantado. Tú fuiste tras él; por esta parte estaba tranquilo, y a fe mía no hubiera hecho cosa mejor que tú. Durante nuestra ausencia, antes de hacer gimnasia respiratoria envuelto en mi pijama, visité el cuarto de Hubert.

—¿Tenías, pues, la llave?

—No; pero un rata, amigo mío, me enseñó a abrir las puertas sin llave. Visité, pues, el cuarto de Hubert, husmeé en su equipaje, en su maletín, por todas partes, busqué el documento romancho, sin dar con él, naturalmente, pues no debe de abandonarlo un solo momento... Pero volví a repasar el *Libro de los Antepasados*, lo cual es siempre muy instructivo, aunque no se comprende una sola palabra de las allí escritas.

—Ese *Libro de los Antepasados*, de que no cesas de hablarme, si es inapreciable para Hubert, debe de serlo igualmente para nosotros. Hubo un tiempo, no olvidado por mí, en que no hubieras titubeado, dado el personaje que tenemos enfrente, en...

—Di la palabra; en robarlo.

—O mejor dicho... en sacárselo como prestado, en quitárselo, para devolvérselo cuando ya no te hiciera falta...

—Tus fórmulas rebosan delicadeza... Tranquilízate: el Rouletabille de hoy vale tanto como el de ayer... Pero este libro ha venido a sernos tan útil como lo es para Hubert, que no lo ignora, y además resulta peligroso...; tanto que prefiero esté en su maleta que no en la nuestra...

—¡Explicatel!

—Es forzoso que me explique, pues aún no lo has entendido. Sígueme, apoyándote como yo en la cóntera de la razón. Cuando Hubert salió para Sever-Turn con el precioso libraco, esperaba alcanzar la recompensa ofrecida al que lo presentase. En su espíritu acariciaba la idea de lograr la intervención del Patriarca en favor de la liberación de Odette..., pero en el camino se enteró de que se festejaba a Odette como princesita cingara, e iba a ser proclamada reina... ¡Ya no esperó nada del libro! ¡Se le daría cuanto pidiese, menos a Odette! Así, pues, a marchas forzadas, se dirige hacia Odette para intentar con sus propios medios libertarla.

—¡Y con el auxilio de *El Pulpo...*!—exclamó Juan—. Vas a ver cómo los dos se entienden para quitárnosla en nuestras propias narices, ante nuestras propias barbas.

—Olvidas que somos imberbes, y que yo tengo una nariz de perro de caza. Y ahora, dime: ¿no has oído siquiera una palabra de cuanto se han dicho?

—Sí; al despedirse, dijo a Hubert: *Allá bajo nos encontraremos.*

—Allá bajo, claro está, en Severn-Turn. Entretanto, tomaremos el tren mañana por la mañana para Temesvar-Pesth, y veremos si *El Pulpo* nos sigue hasta allí.

—Pero Odette no habrá aún llegado.

—Naturalmente, pero la esperaremos. Buenas noches, Juan.

—Buenas noches, Rouletabille... Mala jornada...

—¡Ufl jufl!—murmuró Rouletabille.



## CAPITULO VI

Dices que necesito mandrágoras  
Para acortar las horas, cuyo hastío me devora.  
SHAKESPEARE.

Los bohemios acababan de levantar el campo de los alrededores de Temesvar-Pesth. Atardecía; negros nubarrones se corrían por las cimas de las montañas y el bosque sombrío oscilaba desde sus raíces. Nunca Odette estuvo tan triste, tan desesperada. Con la frente pegada al cristal de aquella pequeña choza rodante, ¿qué ensueños dormían en sus ojos? ¿Quién provocaba aquellos murmullos del bosque de abetos? ¿A qué el resonante gemido de la Naturaleza, si no era un lamento por su desgracia?

¡Tantos y tantos días arrastrada hacia un misterioso destino! ¡Tantos y tantos días retenida como prisionera!

¿Escapará un día a aquella horda que la rodea y de día en día acrecida conforme caminan hacia Oriente?

¿Escapará alguna vez de los brazos de la vieja Zina, cuyos besos le horrorizan ahora? ¡Ah! ¡Pronto, un caballo! ¡Si pudiese robar un caballo! ¡Como alado grifo se lanzaría fuera del bosque, se libraría de aquella pesadilla, volvería a ver las fronteras y las áureas llanuras de su Provenzal

Bastante ha oído ya la voz lúgubre del viento en el ramaje y hartó visto aquellos rostros maldecidos al resplandor de las hogueras de la noche... Era para taparse ojos y oídos... Por lo pronto, preferiría la muerte... Rouletabille no ha acudido... El mismo Juan la ha abandonado...

La puerta del carromato se abre... ¿Quién es? ¿Qué más quiere la vieja Zina, la puerca viejecita y amable bruja? ¡Trae en un puchero descascarillado humeante sopa! ¡Que se la guardel! ¡Que guarde aquella abominable bazofia!

—Vete, Zina; vete, o te pego. No quiero comer.

—¡Ay!—dice llorosa Zina—. ¡Dos días ya que no pruebas bocadol

—Tuya es la culpa, desplumado mochuelo. ¡Me traes comida de carreteros! Lleva esa tu obra maestra a los que van detrás de los chirriones por los caminos... ¡Aguarda! Suco se dará con ella un banquete.

—¡Reina mía, mi *queyra!* Te haré lo que quieras. ¿Qué quieres comer? ¿Quieres un tazón de leche fresca?

—Tu leche es una porquería; tu leche es negra

como tus garras... ¿Lo oyes, maldecida? No comeré sino de los platos que tú sabes hacer, porque sabes aderezar muy buena comida... cuando quieres...

—Habla, regalo de Dios...

—Pues bien: prepárame las auténticas viandas del sábado, la comida de esas hierbas que tú sabes encontrar, puerca y amable bruja... de esas hierbas que hacen olvidar, que adormecen para siempre.

—Lograrás que muera...

—Revienta de una vez.

Y prorrumpió en sollozos de rabia, echándose sobre el camastro guarnecido de encajes. Zina, enloquecida, quiso acercarse y salió mal librada, pues recibió una fuerte coz que hizo rodar fuera del carromato a la vieja, al puchero y la bazofia...

A la misma hora, poco o más menos, un joven que vestía terno a cuadros y tocaba la cabeza con un casquete, se detenía ante una casa de Temesvar-Pesth, sobre cuya puerta con cancela estaba izada una bandera; guardaba aquella puerta un guardia de Seguridad, que quiso impedir la entrada al joven.

A la discusión entablada en un principio, siguió el atropello; el joven pasó, gritó el guardia y ambos llegaron al mismo tiempo a una salita maloliente, en la cual, detrás de una mesa, estaba sentado un empleado:

—¿Qué significa esto, señor?

—Señor, soy José Rouletabille...

—Aunque fuera usted el Papa, no le dejaría entrar en mi casa con ese desahogo.

—¡Oh!, bien sé que al Papa no se lo permitiría, señor. Pero yo no soy el Papa. Ya le he dicho que soy José Rouletabille y entro como puedo.

—¿Rouletabille? No le conozco.

—Es usted el único que no me conoce, señor.

—En fin, ¿qué quiere usted?

—Necesito la intervención de usted para libertar a una joven. Y como urge el asunto, permíñeme usted si...

—Queda usted perdonado... ¿De qué se trata?

—De un asunto de gitanos.

—¡Ah, ah!—dijo el empleado sentándose de nuevo—. ¡De gitanos! Esto es grave.

—Es grave para la joven a quien han raptado, señor, pero no para usted, a quien basta decir una palabra, tomar una actitud... ¿Ha oído usted hablar del rapto de la señorita de Lavardens por una cuadrilla de gitanos? Todos los diarios han relatado el suceso.

—Sí, señor; estoy enterado. Parece ser que los cingaros recuperaron en la persona de la señorita de Lavardens a la princesita que *se les robó* siendo muy niña...

—Hem —exclamó Rouletabille un poco sofocado—. ¿Dice usted que *se les robó*?

—Por Dios, ése parece el cariz del suceso... Recien-

temente he mantenido a este propósito conversaciones con el cónsul de Transbalkania, pues ha sido, en efecto, muy sonado el acontecimiento en estas comarcas por nuestra vecindad con el patriarcado, y el cónsul me ha dicho que esa señorita era cingara y princesa y precisamente va a ser proclamada uno de estos días reina de los romanchos... No me engaño...

—Señor—dijo ya enfadado Rouletabille, que a duras penas podía contener su indignación—; señor, ¿le ha dicho el cónsul de Transbalkania que esa princesita *fué raptada por su padre*?

—Sí, señor.

—¿Y a eso llama usted robo?

—Le diré, señor; eso a mí me tiene sin cuidado. Es el cónsul de Transbalkania el que lo llama «robo», y al parecer no sin fundamento...

—¡Ah!, explíquese...

—Me ha enseñado textos que determinan que una princesa cingara es siempre cingara, ocurra lo que ocurra, y si nace en el patriarcado no puede salir sin autorización del patriarca...

—De lo cual resulta...

—De lo cual resulta que el señor de Lavardens pagó mal la hospitalidad que le otorgaron en Sever-Turn...

—¡Al robar una princesa cingara!—exclamó colérico Rouletabille—. ¡El señor de Lavardens es el ladrón!

—Esa palabra es muy fuerte, señor...

—Y los bohemios, al robar a su vez la señorita de Lavardens, ¿recuperaron lo suyo? Dígalo...

—Dígolo, señor, ya que usted me lo ruega y porque así lo pienso.

—¿Y, por tanto, usted se niega a intervenir?

—Señor, se lo ruego, no me haga responsable de nada... Tengo órdenes terminantes... Hemos de evitar todo choque con el patriarcado de Transbalkania...

—Pero, señor, eso es abominable...

—No, señor; es política.

Y el empleado se levantó en señal de dar por terminada la entrevista.

Entonces Rouletabille prorrumpió en carcajadas. Le era forzoso estallar de algún modo para no perecer asfixiado.

—Pues bien, señor, no me anonada usted. No es la primera vez que solicito la intervención de la autoridad. Sepa usted que estos cíngaros que llevan secuestrada a la señorita de Lavardens han asesinado a mi criado. He de decirle a usted que mi criado era cíngaro de pura raza. Quise que las autoridades de aquel municipio practicasen diligencias y ordenasen detener e interrogasen a las bandas que atraviesan el país. ¿Sabe usted lo que me respondieron? «¿Cómo? ¿Detener las bandas que atraviesan el país? ¡Si les daríamos una prima para que se fuesen más pronto! En cuanto a su criado tan maltrecho... ¡bah!, riña de gitanos. No nos concierne.» Y usted, a su vez, me respon-

de: «¿La señorita de Lavardens? Asunto de gitanos; no nos concierne.» ¡Ah!, mal harán los gitanos en enfadarse, señor... Son los verdaderos reyes de la tierra... Bueno, pues, señor, prescindiré de usted... Prescindiré de todo el mundo. ¡Obraré solo!